

LA CLASE FANTASMA



Apenas anocheció, las salas de clase, en la oscuridad, se llenaron de reflejos y crujidos. En algunas era más evidente que en otras; por ejemplo: en la clase de Juan, las luces no veían sólo de los faroles del patio, encendidos vigilantes, ni de la luz estelar. Venía de los botones de los mamelucos y delantales, colgados en desorden en la pared del fondo. Y lo que volaba de un banco a otro no era una luciérnaga con afán de estudiar, sino un trocito de tiza fosforescente que rayaba la sombra aquí y allá como si dibujara monos. Un zumbido acompañaba su vuelo:

—Veré cómo está el banco de Andrés,—decía.

Y se metía en el cajón a medio abrir y salía, seguida de otras luces más transparentes, de color pajizo: las virutillas de los lápices a los que Andrés sacaba punta sin piedad.

—Así mi mamá me comprará otros nuevos,—decía el rubio Andrés—, que era muy estudioso pero gastador.

Ramón lo imitaba, mejor dicho, lo superaba, pues de su cajón la tiza luminosa sacó tantas virutillas que era como un enjambre de mariposas nocturnas. Pronto la clase parecía reunión de brujos; del techo al suelo volaban distintos objetos que emitían luces de acuerdo a su materia.

Dos bufandas a rayas parecían unas grandes cuncunas. Hacía tiempo se habían “perdido” en los rincones del armario y sentíanse tristonas de que sus dueños las hubieran olvidado. Las cintas de las trenzas de Emilia eran unas culebrillas de tinte rojizo, llenas de nudos; Juan se las había sacado a tirones. Sí, los niños reían haciendo llorar a sus compañeras.

Sólo Catalina detenía sus torpezas con una dulce mirada de sus ojos negros. Catalina tenía un extraño poder: la querían todos, niños y niñas. El profesor no sabía por qué nadie lo sabía, ni su mamá, aunque ella tal vez lo sospechara.

Pero quien lo sabía sin duda era su delantal, muy iluminado en el fondo de la clase. A pesar de algunas manchas, de un bolsillo roto por el que se le caían los lápices, el delantal brillaba más que ninguno. Se soltó de la percha y empezó a girar lentamente. Parecía un fantasma de cristal.

Y fue una seña para que lo siguieran los demás delantales y mamelucos, mezclándose, corriendo entre los bancos, lo mismo que si los llevaran puestos sus dueños.

Los niños perseguían a las niñas para hacerlas caer o echarles algún bicho. Dos mamelucos, el de Ramón y el de Juan peleaban dándose tirones, pues les encantaba la lucha. A veces se enojaban de verdad y precisamente ahora los mamelucos se estaban dando unos empujones tan fuertes, que de pronto el bolsillo de Juan se desgarró y quedó colgando de un hilo.

El delantal de Catalina hizo un signo luminoso con la manga: todos se detuvieron, balanceándose en el aire, asustados, mientras las virutas caían al suelo igual que maripositas muertas. Hasta las cintas de Emilia se posaron lacias en el respaldo de la silla del profesor.

La tiza se colocó sobre el hombro del delantal de Catalina, que dijo con voz suave:

—Esa pelea ha ido demasiado lejos. Ahora, nos van a pillar.

El mameluco de Juan gemía:

—Ay, ay, ¡mi bolsillito! ¡Llévenme a coser, ay, qué me duele!

El mameluco de Ramón estaba confundido. Como a su dueño, le gustaba hacer lo que se le daba la gana, de lo que se arrepentía demasiado tarde. Al no pensar sino en hacer su gusto, tropezaba con los demás, haciéndoles daño. Se daba encontrones con sus amigos, con el profesor, con su mamá y hasta con la amable Catalina.

El mameluco de Ramón se oscureció:

—Catalina, discúlpame,—dijo—. Se me fue la manga.

—Mmm... No es cuestión de disculpa, tú lo sabes, aunque todos apreciamos tu arrepentimiento.

El delantal lanzó un relámpago que hizo agachar los hombros al mameluco de Ramón. Era un rayo de comprensión, que al mismo tiempo ayudaba al pecador y le hacía ver más claramente su propia sombra. Este era el poder de Catalina, que poseía también su delantal: nada quedaba oculto a su luz, pero esta luz era cariñosa, acogedora.

—Deja de llorar —ordenó al mameluco de Juan—. Ya te llevarán a la casa y te coserán a máquina. Eres desordenado como tu dueño —sonrió— pero olvidarás tu pena fácilmente. Sólo me preocupa que se den cuenta de lo que pasa en la clase, de noche. Si esto sucede, perderemos nuestra magia. No podremos jugar como nuestros dueños, ni vivir lo que ellos hacen.

Se produjo un gran silencio en el que sólo se escuchaban caer las virutas de lápiz.

La tiza, entonces, dibujó en el aire un signo de admiración, pues se le había ocurrido una idea.

—En el cajón de Elena hay una aguja con hilo. Y su delantal debe saber coser como ella. Iré a buscarlos, es el único cajón que no trajino porque una aguja volando es peligrosa.

Mamelucos y delantales se estremecieron y el de Juan se puso a temblar, pues aunque le dolía mucho el bolsillo, el que lo cosieran equivalía a veinte vacunas, más o menos.

Desgraciadamente el hilo era azul marino, pues Elena lo llevó al colegio por si se le soltaba un botón. Como el asunto no tenía otro remedio, el bolsillo fue cosido con hilo azul. Lo hizo lo más prolijamente que pudo el delantal de la hacendosa Elena.

Una vez terminada la operación, ninguno tenía ganas de seguir jugando.

La tiza se apagó dulcemente, al dormirse al pie del pizarrón. El delantal de Catalina fue el último en cerrar los ojos de cristal.

Al día siguiente, cuando llegó el profesor seguido de sus alumnos, nadie hubiera pensado que ésa era una clase fantasma.

Todos se pusieron sus delantales y sus mamelucos. Juan no se dio cuenta de las grandes puntadas azules de su bolsillo. Sólo hacia el fin de semana, al llevar el mameluco a la casa, su mamá le preguntó:

—¿Quién le hizo esta costura tan rara al bolsillo, Juan?

—No sé, nadie —contestó.

—Ah, —dijo la mamá—, si no ha sido nadie, habrán sido los fantasmas.

Y de esta manera se le ocurrió escribir este cuento.

Alicia Morel.

